

La torre de Hijovejo: Génesis, evolución y contexto de un asentamiento fortificado en La Serena (Badajoz)

*The tower at Hijovejo:
Origin, evolution and context of a fortified settlement
at the “Serena” region (Badajoz)*

PABLO ORTIZ ROMERO* Y ALONSO RODRÍGUEZ DÍAZ**

RESUMEN

Los edificios fortificados son un elemento frecuente en el modelo de poblamiento de La Serena (SO España) durante el inicio de la presencia romana. Se estudian aquí varios ejemplos, mostrando su diferente morfología y localizaciones. La investigación muestra que estas estructuras jugaron un complejo papel en la romanización de esta zona, así como en la economía y en el control político-militar del valle del Guadiana.

PALABRAS CLAVE: Edificios fortificados, Torres, Romanización, Explotación minera, Control territorial, Explotación agrícola.

ABSTRACT

Fortified buildings are frequent feature on the settlement pattern at “La Serena” region (SW Spain) during late pre-Roman and early Roman times. Several examples are here studied, showing different morphology and locations. Research shows that they played a complex role on the romanisation of the area, as well as on the economy and the militar control of the basin of the Guadiana River.

KEY WORDS: Fortified buildings, Towers, Romanisation, Mining exploitation, Territorial control, Rural exploitation.

1. INTRODUCCIÓN

Es perfectamente apreciable en la bibliografía arqueológica la existencia de un largo debate, no exento de cierta polémica, sobre un tipo de asentamiento que, haciendo honor a la confusión reinante en torno a él, ha sido nombrado de muy diferentes maneras, según se haya considerado que quedan

mejor recogidos los diferentes matices del asentamiento: recintos fortificados, fortines, casas fuertes, recintos ciclópeos, recintos-torre, torres... No está en nuestro ánimo abordar aspectos que, teniendo su importancia, porque importante es usar los conceptos ajustados a las realidades que observamos, no resultan en algunos momentos de la investigación especialmente relevantes, ni clarificado-

* IES. “Cristo del Rosario”. Zafra (Badajoz). portiz92@hotmail.com

** Universidad de Extremadura. alonso@unex.es

res, puesto que ayudan más a diluir los principales núcleos conceptuales del análisis que a avanzar en el conocimiento preciso del objeto de estudio. Así, rehuiremos la maraña de la confusión conceptual, interpretativa y descriptiva existente sobre estos edificios y procuraremos buscar en lo que sigue un nivel de concreción que nos permita la caracterización de los recintos ciclópeos (torres) de la comarca extremeña de La Serena a partir de los resultados obtenidos en la excavación de uno de ellos, el de Hijovejo (Quintana de la Serena, Badajoz). Esto nos lleva forzosamente a obviar, o a tratar superficialmente, algunas cuestiones que, en mayor o menor medida, ya han sido objeto de atención en publicaciones anteriores y que se refieren a aspectos de índole más general (Ortiz Romero 1991, 1995; Ortiz Romero y Rodríguez Díaz 1989, 1998; Rodríguez Díaz y Ortiz Romero 1989, 1990, e.p.). Como quiera que nuestra propuesta interpretativa es bien conocida, destacaremos algunos aspectos que, a día de hoy, resultan definitivos para conocer las razones últimas de la existencia de la torre de Hijovejo y su función en la dinámica poblacional de La Serena en la etapa republicana. En este sentido, aportamos también un avance preliminar de las estratigrafías obtenidas recientemente en el *oppidum* de Magacela, que junto a Medellín parece conformar la cabecera bicéfala del particular modelo territorial desplegado en esta zona poco antes del cambio de Era.

2. LA SERENA Y EL NÚCLEO DE TORRES Y FORTIFICACIONES CICLÓPEAS

La comarca de La Serena, en el sureste de la provincia de Badajoz, ofrece unas posibilidades geoes-tratégicas que son determinantes para entender la dinámica de su poblamiento antiguo. Hay que destacar fundamentalmente su carácter abierto, a pesar de la delimitación que de la misma hacen los ríos Zújar y Guadiana y el conjunto de pequeñas sierras que por el sur y oeste van conformando el gran espacio de la llanura, sin duda su rasgo más característico. Atendiendo a la morfología, en La Serena se aprecian tres formas de relieve:

a) La penillanura de pizarras cámbricas al NE. Se trata de un pizarral fuertemente plegado y metamorfizado, en ocasiones bastante uniforme, que ocupa una gran extensión desde la cadena de sie-

rras Castuera-Cabeza del Buey hasta el río Zújar. Terreno de escasísimo suelo, sin arbolado y nula productividad agrícola, tiene en sus pastos la base de una potente cabaña de ovino.

b) El batolito granítico. Aparece por el centro de la comarca, desde Magacela hasta Monterrubio de la Serena, por donde penetra hacia el límite con la provincia de Ciudad Real. Aflora en la zona de Quintana de la Serena dando lugar hoy a una explotación intensiva de la piedra en grandes canteras, algo que ya se hizo en la etapa romana. Esta formación granítica da un aspecto típico al paisaje, de colinas suaves muy redondeadas y con abundantes bloques de granito procedentes de una erosión diferencial.

c) Las sierras. Se levantan sobre las llanuras de la comarca, a manera de montes-isla en ocasiones, y mayormente en forma de pequeñas cadenas montañosas.

Los suelos son por lo general pobres, lo que unido a lo anterior, forma un paisaje muy característico: cursos de agua de escasa entidad, irregulares y con un prolongado estiaje (Zújar, Guadalefra, Ortigas, Mejoral); un ecosistema estepario en la zona del pizarral que le otorga un aspecto desértico, con grandes vaguadas y cerros donde son abundantes los afloramientos rocosos; dehesas de pasto con encinas sobre el batolito granítico, en franca recesión, y alineaciones montañosas de cresterías cuarcíticas que rompen una estructura casi plana a la vez que abren grandes corredores naturales.

El conjunto aparece como una unidad geográfica bastante bien definida que hace de La Serena una comarca de gran valor estratégico por su situación y conformación. Destaca como zona de contacto de diferentes áreas culturales como la meridional y la meseteña, lo que la convierte en una plataforma o nexo entre ellas. El valle situado entre las sierras de Castuera y Sierra Lora es el paso natural hacia Córdoba y la zona minera de Almadén, lo que junto a otros corredores naturales por Los Argalles o la cuenca del Guadámex hacen de La Serena una tradicional zona de tránsito desde el Este y Sur hasta el Valle del Guadiana. Los principales recursos económicos están asociados al sector agroganadero y a la minería del plomo, ya desahogada, pero que se presenta como un factor clave en el poblamiento romano de la zona.

La serie de recintos (torres, fortificaciones, recintos en altura y peñones) que se reparten por la

zona central de La Serena se ha convertido en uno de los temas más característicos de la arqueología de la comarca, una cuestión que, en ámbitos más generales, introduce algunos elementos novedosos en el conocimiento de los ritmos del proceso de romanización en Extremadura. Se trata de un grupo de hábitats fortificados que personalizan el poblamiento de La Serena en los primeros momentos de la presencia romana y cuya problemática entronca directamente con una coyuntura histórica precisa que valoramos en clave de crisis. Las torres son edificios de planta cuadrangular o rectangular, de pequeñas dimensiones, localizadas en afloraciones graníticas del llano o en la cima de pequeñas colinas, próximas a zonas de paso, vías de comunicación y cauces fluviales. Todas comparten una misma técnica constructiva: se levantan con enormes bloques apenas desbastados (aparejo ciclópeo) que se disponen en seco en dos hiladas paralelas con relleno intermedio. Las fortificaciones, por su parte, difieren de las torres en la irregularidad de sus plantas, en su tamaño y en su localización en altura.

3. HIJOVEJO

La torre de Hijojejo fue construida en pleno llano de La Serena, sobre la pequeña elevación que le proporcionaba una afloración granítica. Se encuentra en un terreno que no es relevante desde un punto de vista agrícola o ganadero, próxima a una calzada romana y a vías de comunicación antiguas, algo que resulta generalizable a la práctica totalidad de los recintos tipo torre. Aunque tiene una buena visibilidad sobre la zona central de La Serena, sobre las llanuras adhesionadas de Docenario y la próxima Sierra de la Dehesilla, con Castuera y sus sierras en el horizonte y Magacela en el acceso al Valle del Guadiana, Hijojejo no destaca aparentemente por su posición estratégica. Sí adquiere valor si apreciamos su ubicación en el corredor que marca el Ortigas hacia Medellín, el camino natural que desde la Protohistoria ha puesto en contacto el sur peninsular con el Valle del Guadiana. El recinto torre de Hijojejo está, así, en pleno corredor por los laterales del núcleo de La Serena, y es ahí, en esa función de control donde adquiere su valor como espacio fortificado. Se levanta sobre un canchal de granito formado por cuatro enormes bolos

que le sirven de base; un aparejo ciclópeo de grandes bloques apenas desbastados van definiendo un espacio cuadrangular, irregular, de murallas bien trabadas que remataban con un alzado de tapial y adobes.

El interior es, sin embargo, extraordinariamente reducido y la zona habitable sorprende por su escasa entidad. Sólo tiene seis estancias, un pequeño patio interior que estuvo cubierto por ramajes y un estrecho pasillo de acceso desde la puerta abierta en la muralla. La fachada principal del edificio aparece defendida por un patio previo, y junto a la puerta se levanta una torre cuadrada utilizada en su defensa.

La investigación llevada a cabo en Hijojejo, cuyo apogeo se sitúa en pleno siglo I a.C., ha aportado sólidos argumentos sobre el carácter militar del edificio: su hermética organización y sus estructuras ciclópeas, que confieren solidez y un marcado aspecto defensivo al conjunto; el hallazgo de una fuente-manantial en su interior, que denota la clara intención de asegurar el acceso al agua durante posibles asedios; la presencia de escudos esculpidos y motivos fálicos en algunos bloques de la construcción, que reflejan fuertes resonancias castrenses de sus ocupantes; y, sobre todo, su integración en una sistema de control territorial perfectamente diseñado, que aleja cualquier tentación de considerar este lugar de forma aislada. En lo que sigue nos detendremos en algunos puntos que nos parecen especialmente significativos para calibrar el origen y la funcionalidad de Hijojejo como un asentamiento militar.

3.1. Ciclopeísmo, orígenes y organización del hábitat

No es únicamente en el aparejo ciclópeo donde se sostiene la orientación militar de Hijojejo. Su génesis, su organización, su uso y elementos iconográficos, como el relieve de los escudos, hacen que la tesis sobre la funcionalidad de las torres de La Serena esté fundamentada en algo más que en vagas apreciaciones inspiradas en su semblante de fortalezas. Para Moret, que defiende que este tipo de edificios son fruto de iniciativas de particulares deseosos de hacer ostentación de su riqueza en un marco socioeconómico agrario, el aparejo ciclópeo de las construcciones ha sido, básicamente, el elemento distorsionador por excelencia, el ruido en el



mensaje que ha impedido apreciar el verdadero significado de los edificios, que considera ajenos a cuestiones militares (Moret 1999). No creemos que haya que magnificar el aparejo ciclópeo más allá de lo que supone en el origen y organización de un edificio, esto es, en la concurrencia en un momento determinado de un formidable cúmulo de energías que, de forma diversa y compleja, determinan la fortificación de un espacio concreto. No es el uso de grandes bloques de piedra en sí mismo lo que conduce a la valoración del factor militar, sino que debe ser el espacio resultante lo que ha de situarnos en condiciones de bucear en las razones y objetivos del constructor; si, vista la obra, se persiguió el lucimiento y la ostentación del propietario de un bien privado, o si, por el contrario, el perfil del edificio nos está situando en otra dimensión.

Así las cosas, no es difícil observar cómo el término “aparejo ciclópeo” ha sufrido cierta devaluación en los últimos años, entre las alegrías cronológicas que proporcionaba en cuanto se detectaba y la acometida-desgaste de quienes venían a restarle méritos hasta el punto de colocarlo en un plano secundario. Pues bien, en lo que respecta a Hijovejo, no tenemos dudas acerca de la importancia de la técnica constructiva utilizada en el levantamiento de la torre y de lo que ésta supone. Aunque no es este el momento de valorar la importancia que el aparejo ciclópeo presenta en la comarca de La Serena, donde funciona como un verdadero hilo conductor en el conjunto de recintos y fortificaciones, amén de reforzar los vínculos de éstos con el *oppidum*, en el que aparece caracterizando su sistema defensivo, lo cierto es que el ciclopeísmo es determinante en la concepción y organización del espacio que se fortifica.

Cualquier fortificación es una expresión del prestigio del grupo social que la construye. La fortificación de un espacio tiene que ver, pues, con los aspectos ideológicos del grupo social en cuanto expresa un concepto, una idea sobre las formas de entender la relación con los demás. La torre de Hijovejo es una construcción que reúne todas las condiciones para atisbar el mensaje ideológico que existe tras sus muros, un verdadero mensaje de poder. Es aquí donde el aparejo ciclópeo resulta definitivo, ya que, además, proporciona claves para determinar la génesis y la organización de la fábrica y, por tanto, también su funcionalidad. La monumentalidad es consecuencia de la búsqueda de la

eficacia en la defensa del espacio protegido, pero también persigue un efecto propagandístico y simbólico ante el asaltante. Podemos desdoblar el discurso ideológico de una fortificación como Hijovejo, pues, en dos dimensiones, que se refieren a los orígenes de la obra y su estructura, y a sus relaciones en un sistema de ocupación y control del territorio. Es en la interacción de una y otra donde se hallan las claves que explican el devenir de tan singular obra.

La caracterización de la fortificación pasa por evaluar tanto la idoneidad del sitio elegido como los diferentes ritmos constructivos que se aprecian en ella. En este sentido, hemos defendido que Hijovejo se construyó en el llano, aprovechando uno de los muchos canchales graníticos existentes en la zona, porque así lo demandaba el patrón de asentamiento y porque existían unas circunstancias que obligaban a acometer la obra con cierta urgencia precisamente en ese sitio. La irregularidad de su planta viene determinada tanto por las condiciones del canchal elegido para levantar la fortificación, como por los replanteos a que se vio sometido, enseguida, el modelo original. Hijovejo se concibe como una pequeña atalaya cuadrangular ubicada en lo alto de la concentración de los grandes bolos de granito, con un par de estancias y un patio delante, aunque la traza se modifica al poco de comenzar los trabajos y se amplía hasta incluir todo el canchal en la fortificación. Esto deja sus huellas en el sector Este del recinto interior y, de hecho, en la misma configuración de los dos recintos en un espacio tan reducido, ambos con un llamativo aparejo algo desproporcionado si consideramos las limitaciones de un recinto inscrito en el otro. No podemos ignorar las posibilidades de la técnica constructiva usada de cara a lograr una obra rápida: la materia prima la proporciona el espacio inmediato; predominan los bolos cortados en dos mitades y el desbastamiento de las piedras viene obligado por necesidades estructurales simples, como la búsqueda de asiento y trama. El ciclopeísmo, pues, acelera y facilita la construcción de la torre.

Hijovejo, además, no es un edificio fosilizado en su fase fundacional, sino que en un momento determinado sufre una reorganización de tal calibre que, sin abandonar los presupuestos iniciales, supone una verdadera refundación. Así, hemos documentado dos grandes etapas en la vida del recinto, en las que éste se encuentra plenamente operativo, más

otra, de abandono, donde la obra inicial, obsoleta, se ha derrumbado parcialmente mientras que a su alrededor crece una *villa*.

Primera fase: Hijojejo-1

En la primera fase de ocupación del sitio, la fortificación se nos presenta con una planta cuadrangular, irregular, formada por dos recintos inscritos y una muralla formada por grandes bloques graníticos delante de la fachada, que delimitaban una especie de patio delantero. Otra zona de hábitat extramuros, formada por dos habitaciones, estaba adosada a la muralla norte. Acerca del estado del interior de la torre en esta primera fase, mantene-mos algunas dudas impuestas por el hecho de que las estructuras antiguas fueran desmontadas en la reorganización general que supuso Hijojejo-2. Como quiera que dichas estructuras asentaban directamente sobre las lanchas del canchal granítico, sin necesidad de cimentación, la nueva organiza-ción del hábitat acabó con ellas sin que dejaran ras-tro alguno. No obstante, guiándonos de los espa-

cios reformados, y analizando la nueva planifica-ción, podemos deducir que Hijojejo contaba con seis habitaciones (dos en el recinto superior y otras cuatro adosadas al interior de las murallas), de las cuales, las dos situadas en el sector SW tenían un piso superior. Hijojejo siempre contó con una habitación principal, de mayor tamaño que el resto y que, por tanto, destacaba en el conjunto. En Hijojejo-1 debió situarse en el ángulo sureste, don-de luego se levantaría la pequeña torre adosada a la puerta, lo que liberaría un espacio importante en el primer recinto, a manera de patio interior, si es que no existió en esa zona alguna otra estancia de la que no han quedado evidencias.

Segunda fase: Hijojejo-2 (Fig. 1)

Un incendio marca el inicio de la segunda fase de ocupación de la torre. Hijojejo sufre un replan-teamiento general, de resultas del cual acentúa su carácter de espacio fortificado. Los parámetros en que se mueve el edificio siguen siendo los mismos de la etapa fundacional, aunque hay que destacar

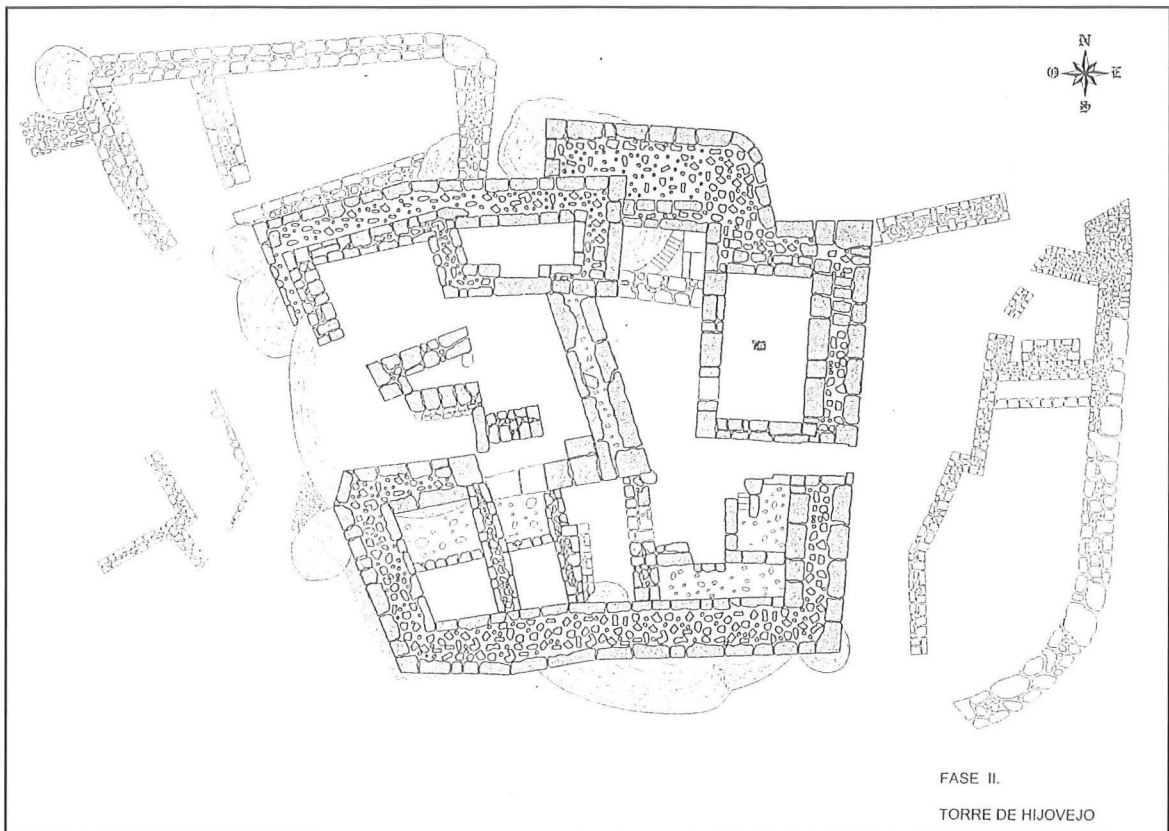


Figura 1.- Torre de Hijojejo, Fase II.

que el paramento ciclópeo deja paso, en algunos sectores, a despieces bien acabados. Es por ello que los bloques acuñaados con piezas minúsculas, utilizadas con tanta profusión en el edificio que incluso las hemos utilizado para marcar la fase, ceden ahora ante los sillares escuadrados. Los cambios arquitectónicos afectan al espacio interior, pero también a la apariencia externa de la fortificación. En síntesis, son:

a) Se prepara una fuente en el interior del recinto, con un acceso hacia un manantial de agua existente extramuros, que es ocultado bajo un bastión que se levanta en la muralla norte.

b) Se reorganizan las habitaciones: se construye la cámara principal (E-4), se amortizan parcialmente las estancias adosadas a la cara interna de la muralla sur (E-1 y E-2).

c) Se construye el acceso al interior tal y como hoy lo observamos: la puerta se rehace, se traza el pasillo y se levanta una pequeña torre adosada a la puerta.

d) Se construye una pequeña habitación en el patio (P-1) y se abre un acceso al mismo por la zona norte, con una pequeña rampa.

Tercera fase: Hijojejo-3

La última ocupación de Hijojejo tiene lugar con la fortificación ya arruinada. Las habitaciones se encuentran colmatadas y las estructuras defensivas han sufrido derrumbes que anulan los patios interiores, el acceso a la torre y el patio delantero. Hay una pervivencia del hábitat en ciertas zonas del interior, aunque es en el sector Oeste donde a las estructuras primitivas se superponen niveles imperiales que expresan un asentamiento prolongado, ya sobre bases socio-económicas diferentes a las que permitieron y sostuvieron el enclave. Nuevas habitaciones y un pequeño horno cerámico, así como la ocupación de la zona norte, son testimonio de que una *villa* inmediata se extiende por los restos de la fortificación.

Cronología

En función de las estratigrafías obtenidas en diferentes sectores del recinto, las dos primeras fases de ocupación de Hijojejo se desarrollan entre el primer cuarto del siglo I a.C. y el cambio de Era. El incendio que está en la base de la reestructuración arquitectónica del edificio marca la cesura entre una cultura material en la que se significan las

producciones cerámicas enraizadas en las tradiciones indígenas, siempre en un contexto romano, y las cerámicas típicas romanas de borde ahumado. La amortización de E-1 nos muestra un conjunto donde destacan especialmente las cerámicas pintadas, las grises, un fragmento de una pátera de campaniense B, y varios fragmentos, muy rodados, que imitan formas campanienses. El grupo de cerámicas pintadas está constituido por platos y vasos con decoraciones de bandas horizontales y círculos y semicírculos concéntricos, frecuentes en los *oppida*. Algunos ejemplares presentan también estampillas reticuladas. Hay que destacar también la presencia de grandes vasijas de almacén, toscas, de borde grueso y perfil ovoide. Algunas de estas cerámicas, sobre todo las grises y, en menor medida, las pintadas, se documentan también en la fase Hijojejo-2, donde abunda la típica vajilla de cocina y almacén romana, junto a cerámicas de paredes finas y sigillatas.

La etapa Hijojejo-3, con el recinto ya parcialmente derrumbado y alejado de la funcionalidad primera, coincide plenamente con la ocupación imperial de la *villa* próxima.

Planteadas las líneas generales acerca de cómo surge Hijojejo y cuáles son sus fases constructivas, procede detenernos en algunas cuestiones que son de vital importancia para la caracterización del edificio. Aunque nos hemos ocupado con detalle de la génesis de los elementos más característicos de Hijojejo desde el punto de vista arquitectónico (Rodríguez Díaz y Ortiz Romero e. p.), creemos oportuno exponer algunas consideraciones sobre la organización interna de la fortificación que han de ayudar a entender su función.

3.2. El edificio y las claves de la fortificación

Hijojejo nos muestra que el tipo de edificio que tradicionalmente se ha identificado como recinto fortificado (recinto-torre, torre, casa fuerte, villa fortificada...) no resulta tan homogéneo como se ha dado por supuesto. Si bien el hilo conductor del ciclopeísmo y la apariencia de las plantas han situado a los yacimientos en la misma nebulosa, hoy más que nunca conviene dar por cerrado esta formidable vía de especulación. Hijojejo no responde al modelo de edificio organizado en torno a un pasillo único al que se abren un grupo de habitaciones. Los recintos portugueses sí reproducen este

esquema, según se observa en las plantas publicadas por Maia para los del Alentejo (1986) y en el controvertido Castelo da Lousa (Wahl 1985). En Hijojejo la organización del hábitat es mucho más compleja, difiriendo sensiblemente de las plantas conocidas de los asentamientos que, no sin ciertos problemas en algunos casos, se han tipificado como recintos.

Hijojejo resulta una obra muy irregular, aunque se intuye que el constructor manejaba un modelo reconocible: dos recintos cuadrangulares inscritos. El sitio y las circunstancias, como se ha apuntado, hicieron variar sensiblemente el proyecto original, aunque se mantuvieron las mismas claves. Es un edificio cerrado, únicamente con una puerta de entrada en el centro de su fachada y sin evidencias de que hubiera tenido ventanas ni aspilleras al exterior, como ocurre, por ejemplo, en el Castelo da Lousa. Las estancias ocupan casi todo el espacio entre uno y otro recinto, dejando libre sólo una pequeña zona de tránsito. El recinto superior se organiza en torno a un patio que estaba cubierto con palos y ramajes, y al que se abrían las dos únicas habitaciones existentes. Toda la torre es, por tanto, un espacio angosto, donde se hace difícil la circulación, y donde la organización de la vida cotidiana está supeditada a las necesidades defensivas de los ocupantes.

Las habitaciones aparecen alineadas entre las murallas de ambos recintos y comunicadas entre sí. Son piezas pequeñas, excepto una que parece funcionar como cámara principal (E-4), tanto por sus dimensiones como por ocupar un lugar destacado en el interior de la fortificación, separada del resto. En el recinto superior hay otras dos habitaciones, aunque de una de ellas sólo nos han quedado las trazas. Amén de la cámara principal, las estancias de Hijojejo son estrechas y alargadas, lo que hace pensar a García-Bellido (1995) que responden al modelo de habitaciones militares. Las dos habitaciones del ángulo suroeste contaban en la fase inicial (Hijojejo-1) con una doble planta a la que se podría acceder por el camino de ronda o, en todo caso, desde la planta baja. La ubicada en el rincón (E-1), algo más ancha que las otras, contaba con una pilastra central que sujetaba el piso alto. La reorganización que supuso la segunda fase de ocupación de la torre afectó a las habitaciones, que sufrieron importantes cambios. Así, las plantas inferiores de las estancias del ángulo sureste fueron

amortizadas y, para asegurar el tránsito hacia el recinto superior, se construyó en el relleno un murete que las quedó muy reducidas.

La cámara principal es rectangular, con pilastra central para soportar la techumbre, que era de tégulas. El suelo estaba formado, en toda la extensión de la habitación, por el canchal granítico, lo que impide documentar las divisiones internas, si las hubo. Contaba con dos vanos, uno que abría al pasillo de acceso al recinto, que era la primitiva entrada y que fue tapiada, y otro, una ventana baja luego transformada en puerta, próxima a la fuente. No descartamos que esta habitación, cuya existencia en Hijojejo-1 no podemos documentar en este sitio, pudiera encontrarse entonces en el ángulo sureste, donde luego se situó la pequeña torreta que se encuentra adosada a la puerta de entrada.

Para algunos de los recintos conocidos se ha defendido la existencia de un segundo piso a partir de la presencia de la base de una escalera (Castelo da Lousa), o la consideración del grosor de sus muros y/o la ausencia de patios interiores. Se trata, sin embargo, de una cuestión poco contrastada arqueológicamente, incluso para aquellos recintos donde se da por supuesta su existencia. En el caso de Hijojejo sólo existió un piso superior en el cuadrante suroeste, en la zona de habitaciones, pero no lo tuvo el recinto en su conjunto. La idea de que las escaleras documentadas en algunas torres llevan a una segunda planta se revela como errónea, tal y como demuestra Hijojejo. Así, aunque aparecen escaleras en dos sitios del interior de la torre, en ninguno de los casos éstas se relacionan con una segunda planta, para la que, evidentemente, hacen falta algunos elementos más que unas escaleras. La primera escalera sirve de acceso a la pequeña torre adosada a la puerta de entrada, que a su vez lo hacía a los caminos de ronda; la segunda se halla en el patio del recinto interior y arranca desde el cobertizo al pie del muro sur del recinto, con toda probabilidad para acceder también al parapeto de la muralla. No descartamos, pero no es posible documentar que realmente fuera así, que desde esta zona existiera una entrada a las estancias superiores E-1 y E-2, aprovechando la circulación por la muralla. La existencia de caminos de ronda en Hijojejo se apoya en la anchura que proporciona el doble muro (1,50-2 m) y en las escaleras vinculadas a ellos. Además, los adobes y el tapial caído sobre las habitaciones apuntan a que las murallas se remataban

con un parapeto que les daría una sobreelevación de 1 m, aproximadamente. Respecto a la cubierta, las estancias de Hijojejo estaban techadas con tégulas, de ninguna forma con azoteas de ramas y tierra, como se ha dado por supuesto para los recintos (Moret 1999).

Así, pues, del edificio de Hijojejo resultan llamativas sus escasas posibilidades de habitación, si lo entendemos como un lugar de residencia de un grupo dedicado a actividades productivas; que pasan a ser nulas si consideramos que algunas de sus estancias estuvieran dedicadas al almacenaje de la producción agroganadera. Además de la ausencia absoluta de herramientas agrícolas entre el material exhumado, el estudio de la organización arquitectónica de la torre nos da las claves para descartar tanto el uso residencial, como su tipificación como almacenes de grano, aceite o similares (Moret 1999). No hay en Hijojejo áreas funcionales que permitan establecer una orientación económica precisa del lugar. Las estancias no aportan una información detallada que vaya más allá de algunos hogares y las típicas vasijas de almacén. Sin embargo, el aparato defensivo, el enorme cúmulo de energías que confluyeron en la construcción y reconstrucción del sitio y la organización del espacio de la torre nos sitúan en el plano militar.

3.3. Evolución arquitectónica y ambiente militar

Hemos observado que la concepción del edificio de Hijojejo nos traslada a una idea general de militarización, en nuestra opinión la única razón que puede impulsar a construir un conjunto de enclaves tan semejantes como las torres de La Serena. Éstas serían respuesta a un mismo estímulo y, al tiempo, reflejo de una coyuntura en la que la comarca entera tiene un papel destacado. Algunos detalles y elementos constructivos (además de los que ya han sido citados), pueden ayudarnos a completar la definición del ambiente militar de Hijojejo y el análisis funcional que hemos planteado:

La puerta

El único acceso al interior de Hijojejo se abre en el lienzo este y a él se llega desde el patio delantero. La puerta de Hijojejo reúne muchos de los rasgos característicos de las entradas en los poblados y fortificaciones ibéricas: abertura estrecha, pasillo

y torre adosada. Es evidente que el acceso al interior pretende ser dificultoso y que ha sido diseñado para, en caso de asaltos masivos, dejar a los atacantes expuestos ante los defensores. La puerta es el punto más vulnerable de la fortificación y, por ello, recibe un tratamiento especial, acorde con la importancia que su defensa tiene para la protección del edificio. Para llegar a ella es preciso superar un parapeto de bloques ciclópeos sin desbatar, que delimitan el patio delante de la fachada, y sirve de primera línea de defensa. Después, cierto obstáculo supone el desnivel existente entre la torre y el patio, salvado con la colocación de dos piedras a manera de peldaños. Sólo se puede acceder al interior por el estrecho pasillo dividido en dos tramos con sendos portones. Además, para proporcionar a la entrada una defensa segura, al pasillo se le adosa a su lado izquierdo una pequeña torreta maciza.

La vinculación del acceso a Hijojejo con el momento constructivo que viene determinado por el uso de los sillares escuadrados (Hijojejo-2) queda fijada por la cámara principal, uno de cuyos lados es parte del mismo, igual que la pequeña torre adosada. Probablemente la entrada a Hijojejo siempre estuvo en este sitio, aunque no descartamos un acceso antiguo al pie del relieve de los escudos en la muralla norte, aunque su organización debió ser bien distinta. El pasillo de entrada, la doble puerta y la torre adosada pertenecen a la refundación que supuso Hijojejo-2, de la que puede deducirse un interés extra por reorganizar el acceso, en consonancia con la necesidad de rearmar el espacio fortificado y hacer de Hijojejo un lugar mejor defendido.

La intervención en la puerta nos dejó una obra interesante desde el punto de vista técnico en la que, como ocurre en todo el recinto, apreciamos la presencia de soluciones arriesgadas que proporcionan al sector un aspecto cuidado, junto a detalles que apuntan justo hacia todo lo contrario. La división del acceso en dos tramos, con portones y umbrales, así como los rebajes practicados en los laterales del pasillo para facilitar el encaje de las puertas, son algunos de esos elementos que hacen de la puerta de entrada un conjunto bien tratado. Sin embargo, sorprende la impericia mostrada en la evacuación de las aguas del interior, encauzadas hacia el patio por el pasillo mediante un canalillo de trazado extraño y escasa funcionalidad.

Una pieza fundamental en la defensa de la puerta es, como se ha señalado, la pequeña torre adosa-

da que aparece a la izquierda de la misma. Las torres junto a las puertas son elementos defensivos muy conocidos en la Antigüedad, a veces una, y, en ocasiones, dos gemelas enmarcando la puerta. Las normas de la arquitectura defensiva establecen que la torre adosada a la puerta se alce siempre en el lado derecho de la entrada, para de esa forma poder atacar al asaltante por su flanco descubierto (el escudo se llevaba en la mano izquierda), y así se hace en casi todas las fortificaciones conocidas del este y sur peninsular. En Hijojejo, sin embargo, la pequeña torre adosada junto a la puerta se encuentra a la izquierda, lo que quizás haya que explicar en la dinámica de renovación general del sector Sur que supuso la refundación del recinto al iniciarse la segunda fase de ocupación. La torre fue levantada fijando los bloques que enmarcan su planta rectangular y después se fue rellenando el interior con sucesivas capas de ripios y tierra. Se trata, por tanto, de una obra maciza, que cuenta con un acceso muy angosto situado en el ángulo noroeste por el que, mediante unos peldaños, el defensor se encaramaba a la parte alta. Este dispositivo reduce considerablemente el espacio disponible, que apenas permitiría desenvolverse en él a tres individuos, lo que apunta a que la torre también servía para distribuir a los habitantes de Hijojejo por los adarves.

La fuente y el bastión norte

Quizás el elemento más singular de Hijojejo, de excepcional importancia en la consideración general de la torre y su funcionalidad, sea la fuente existente bajo el bastión de la muralla norte. La obra emprendida por los habitantes de Hijojejo para poder disponer de un manantial intramuros es de tal envergadura que obligó a cambiar la faz de la fortificación con una actuación global en toda la torre. Los nuevos planes constructivos que marcan el inicio de la segunda fase de ocupación hacen de Hijojejo un espacio más hermético, mejor defendido, en una coyuntura en la que el agua se había convertido en un factor estratégico indispensable para la continuidad del hábitat.

La fuente-manantial de Hijojejo se sitúa en el lienzo norte, contenida entre la habitación principal y la cara este del recinto interior. Un muro transversal (que une E-4 y el recinto interior) delimita el espacio por donde se desciende, mediante una escalera de trece peldaños, hasta el agua. El acceso al manantial fue posible al desbatar los dos grandes



Figura 2a.- Fuente de Hijojejo. Cubierta.

bolos graníticos que en esa zona sirven de base a la torre. Abierto el pasillo, se encajaron en el hueco conseguido los bloques que hacen de escalones, y se procedió a entibar el pozo por su frente, cerrando en ángulo recto los laterales hasta llegar al canchal. La cubierta se realizó con piezas alargadas y redondeadas de granito, dispuestas a manera de falsa cúpula, que a la vez que cierran el espacio sirven de base para el relleno del bastión (Fig. 2-a).

La obra en conjunto resulta de cierta complejidad, pues aúna dos iniciativas: fuente y bastión defensivo, lo que obliga a la búsqueda de soluciones técnicas de cierto riesgo para la estabilidad general del conjunto. Resulta llamativa, por ejemplo, la manera en que se sostiene el dintel de entrada (que es en realidad una de las caras del primer bloque de la cubierta) sobre la pared del cancho, apoyado sólo con la ayuda de unas cuñas. Considerando que debe soportar el peso del tramo de muro (de aparejo ciclópeo) que hace las veces de fachada de la fuente, además de todo el relleno del bastión, hubiera resultado más seguro acondicionar el cancho labrando un asiento en el que apoyar el bloque. También el tratamiento que recibe el manantial resulta complicado, pues obliga a cortar uno de los bolos hasta dar con la afloración de agua, lo que conlleva el trazado de una pequeña galería en dirección a la torre.

Que el agua era escasa y había que conservarla con garantías queda demostrado con la construcción de una especie de arqueta en la que queda contenido el manantial. En el fondo del pozo no hay luz natural, dado que penetra bajo el bolo granítico, por lo que no se puede llegar hasta el manantial en épocas de escasez si no es con luz artificial. Esto explica la existencia de una pequeña hornacina en

uno de los laterales del último tramo de galería, junto a la arqueta, de donde retiramos una lucerna. Cuando subiera el nivel de las aguas éstas llegaban hasta los peldaños de la escalera y entonces las lucernas se depositaban en un pequeño hueco trabajado en el bolo granítico de la izquierda, desde donde podía alumbrarse la caja del pozo y la escalera. Junto a los vasos cerámicos y las lucernas, la excavación de la fuente deparó gran cantidad de téglulas, sólo explicables porque el espacio entre el muro superior y la fachada de la fuente debió de encontrarse techado.

Estrechamente relacionado con la torre se encuentra el bastión de la fachada norte, puesto que es consecuencia directa de la obra emprendida para incorporar el manantial al interior del recinto. Es parte de la fuente, puesto que sirve para ocultarla (y protegerla), y, a la vez, supone un refuerzo de primer orden en el sistema defensivo de Hijojejo. El bastión adelanta la muralla unos metros encerrando el manantial, para lo que se organiza en dos tramos bien diferenciados: uno curvo, que parte de la esquina nordeste, parcialmente desmontada para trabajar los nuevos bloques; seguido de otro recto que cierra hasta adosarse a la muralla. Se trata de una obra compleja que es resuelta de manera simple, tanto en las cuestiones referidas a la fuente, ya citadas, como en su misma organización como elemento defensivo. La obra presenta un empaque extraordinario, con un aparejo ciclópeo bien trabajado que sintetiza perfectamente los dos momentos constructivos de la torre: bloques apenas desbastados son reutilizados en el frente, mientras que el tramo curvo ofrece un aspecto más cuidado, con sillares escuadrados (Fig. 2-b).

El cuerpo del bastión está formado por grandes lajas graníticas dispuestas sobre capas de tierra,



Figura 2b.- Bastión que oculta la fuente. Muralla norte.

con relleno de ripios y piedras de tamaño medio. Es una obra bien trabada y consistente, aunque algunos elementos (como el asiento de los bloques de esquina, sobre cuñas) expresen ese punto desconcertante, tan característico de los constructores de Hijojejo, entre lo seguro y lo vulnerable.

Los elementos iconográficos: los escudos

En una de las esquinas de Hijojejo que fue anulada con la construcción del bastión se encuentra una composición con tres escudos que resulta de gran valor para fundamentar el carácter de Hijojejo como enclave militar. El relieve aparece esculpido en un bloque de gran tamaño que sirve de base a una primitiva esquina de la torre. La composición se encuentra en el lado este, donde la piedra ha sido preparada hasta conformar lo que, visto desde el interior de la fortificación, se presenta con toda la apariencia de un pilar. El bloque, sin embargo, es en realidad un gran bolo de granito trabajado al corte hasta lograr dos caras, en una de las cuales se encuentra el relieve. En la muralla norte la piedra aparece con unas dimensiones de 1 m de ancho por 1,30 de alto, mientras que en la parte donde se encuentra el relieve, más regular, tiene 0,65 m de anchura por 1,43 de altura.

La composición está formada por tres escudos: uno elíptico, con la *spina* bien marcada (*scutum*), y dos redondos, de pequeño tamaño (*caetrae*), dispuestos al lado y bajo el escudo elíptico (Fig. 3). Cercano al asiento de la piedra aparece un resalte, de regular acabado, que fue probablemente concebido para delimitar el espacio iconográfico. No creemos que la organización del relieve deba ser objeto de disquisiciones acerca del protagonismo de unas piezas respecto a otras, ya que seguramente fue la disponibilidad de espacio lo que condicionó la organización de los motivos, tan próximos que incluso se tocan. Hay que destacar que los dos escudos circulares parecen ser idénticos, aunque el diferente estado de conservación de uno y otro hace difícil la apreciación. En el superior aparece la rodela central, con el umbo desarrollado y marcado. La pieza, sin embargo, no está completa, puesto que sólo se marca el borde del escudo en uno de sus lados, impidiéndolo el *scutum* por el otro. Esto revela que fue el escudo elíptico el primero en realizarse, ajustándose la finalización de los circulares al espacio que había quedado libre. El escudo circular inferior está prácticamente desaparecido, por



Figura 3.- Relieve con escudos.

lo que es difícil apreciar los detalles. Tiene, como el superior, umbo central, aunque apenas se intuye debido a la exfoliación sufrida por la piedra, de granito poco cristalizado. No hay que descartar, empero, que este escudo pudiera ser en realidad todo un acto fallido del autor, desechado al observar las dificultades que presentaba la piedra para delimitar rodela y umbo.

Las *caetrae* son escudos redondos, de pequeño tamaño (unos 40 cm de diámetro), que se sujetaban con la mano y eran el arma defensiva por excelencia de los hispanos, indispensable para la movilidad que exigía su forma de entender la guerra. Los ejércitos romanos las asumieron y, durante las guerras civiles, había formaciones de *scutati* por oposición a los *caetrati* (Quesada Sanz 1997: 604). Las *caetrae* de Hijovejejo comparten los rasgos de todas las conocidas en la iconografía. Son piezas circulares que se presentan prácticamente idénticas en la concepción, aunque no en la ejecución. La *caetra* superior, como hemos indicado, no está terminada. Aparentemente nos encontramos ante una *caetra*

circular, irregular, de 18 cm en el eje menor, por 22 cm en el mayor; pero el ligero abultamiento que se observa en la parte superior del escudo, bien pudiera corresponder a las trazas del verdadero borde de la pieza, sólo grabado en un sector por problemas de espacio. La *caetra* representada tendría unas dimensiones de unos 26 x 23 cm, con umbo y rodela, lo que la hace casi gemela de la que aparece, muy dañada, en la parte inferior del relieve (30 cm de diámetro). El umbo tiene 6 cm de diámetro, siendo la superficie en torno a él ligeramente cóncava, lo que es lo mismo que decir que el escudo era cóncavo al exterior. Así, la *caetra* de Hijovejejo permite ampliar el registro de los escudos cóncavos, un grupo singular entre los escudos planos y convexos, que era la forma que tenían la inmensa mayoría de los del ámbito ibérico (Quesada Sanz 1997: 528).

El *scutum*, para el que se acepta su origen itálico, lo encontramos extendido por todo el Mediterráneo a partir del siglo III a.C. Estaba realizado con madera forrada con capas de cuero, con apliques y bordes metálicos. El elemento más importante del *scutum* es la *spina*, de dimensiones variables, y que solía ocupar toda la longitud del escudo, como ocurre en el de Hijovejejo. Según Quesada Sanz (1997: 544-545), el escudo oval se introdujo en la Península Ibérica a partir de la segunda mitad del III a.C en dos ámbitos: Cataluña y el Sureste. Fue muy usado por las poblaciones indígenas, como aparece documentado tanto por los textos de Polibio (III, 114) y Livio (XXII, 46), como por el registro arqueológico (cerámica del Sureste, estelas aragonesas...). También las legiones romanas lo usaban, como lo demuestran los aparecidos en Valencia, Teruel y La Rioja en contextos sertorianos (Quesada Sanz 1997: 544). El *scutum* de Hijovejejo es del tipo oval, con la peculiaridad de que acaba en pico en sus extremos largos. Mide 47 cm en su eje mayor y 21 cm en el menor. El borde se encuentra bien marcado, lo mismo que la *spina* (31 x 6,5 cm). Se da la circunstancia de que este *scutum* no es el único que aparece en Hijovejejo, ya que en uno de los sillares de la fachada sur puede observarse otro, de pequeñas dimensiones, 22 x 9,5 cm (casi un boceto, pensamos), pero idéntico en su concepción al que aparece junto a las *caetrae*.

La combinación de escudos (tres circulares y uno oval) la encontramos en la estela de Caspe, aunque es una obra bien diferente (conceptual y

materialmente) al relieve de Hijovejo. En nuestro caso, los escudos son los elementos únicos de la composición, lo que realza su significado y, por tanto, su simbolismo. No se trata, en nuestra opinión, de simples alusiones iconográficas a las que se acude para rellenar un espacio aprovechable, sino de la plasmación de un discurso en el que el escudo ocupa el lugar central. Los escudos de Hijovejo revalidan la importancia del componente indígena en la génesis de la fortificación, siempre dentro de una organización romana que creemos inequívocamente de carácter militar. Pese a que no hay rastros de decoración alguna en la superficie de los escudos que revele una intencionalidad identificadora de las piezas, ya sea del individuo, o, como resultaría lógico para el caso que tratamos, del grupo, lo cierto es que el simbolismo de los escudos resulta obvio, lo mismo que la representación fálica esculpida en un sillar que, procedente de Hijovejo, se halla en una construcción próxima.

La misma ubicación del relieve viene a insistir en esto, ya que se sitúa en una de las esquinas de la torre, en un lugar destinado a ser visto. Aunque la evolución arquitectónica de Hijovejo nos ha ocultado el perfil exacto del sector en la fase fundacional, cuando la torre inicial sufrió el replanteo que haría de ella una fortificación de mayores dimensiones, es apreciable que la esquina donde aparece el relieve era un lugar destacado. Es muy posible que al pie mismo del relieve se encontrara un acceso al interior de la fortificación, lo que acrecentaría el simbolismo de la composición iconográfica. Lo cierto es que el significado del relieve de los escudos quedó obsoleto cuando se reorganizó Hijovejo tras el incendio que cerró la primera fase de ocupación, por lo que se anuló ocultándolo en el bastión; de ahí que Hijovejo-2, además de aparejar una reorganización del edificio, suponga toda una refundación del mismo, pues no en vano quedan *enterrados* los principios ideológico-simbólicos que se sustancian en el relieve de los escudos.

4. EL CONTEXTO POBLACIONAL DE LOS RECINTOS CICLÓPEOS DE LA SERENA: EL *OPPIDUM* DE MAGACELA Y *METELLINUM*

Aparte de otros indicios ocupacionales de época romano-republicana repartidos por la comarca que

la investigación futura habrá de valorar, el contexto poblacional de los recintos ciclópeos de La Serena sigue teniendo, hoy por hoy, sus principales y más próximos referentes en el Cerro del Castillo de Medellín y el posible *oppidum* de Magacela. Suficientemente conocida y tratada en la historiografía reciente, la fundación de *Q. Caecilius Metellus* se asienta sobre una dilatada ocupación protohistórica registrada en un cabezo testigo (311 m s.n.m.), bordeado por el Guadiana y ligado al control histórico de uno de sus principales vados. A ello hay que añadir el enorme potencial productivo de los suelos aluviales inmediatos a este estratégico enclave, así como el efectivo dominio visual que desde su cima se ejerce sobre buena parte del Valle del Guadiana. Arqueológicamente, el establecimiento de Metelo se reconoce como “Medellín V” y se fecha a partir del 80-79 a.C., si bien no se descarta una ocupación republicana más antigua (Almagro Gorbea 1977; Almagro Gorbea y Martín Bravo 1994; Haba Quirós 1998).

Aunque menos conocido, no menor interés suscita el caso recientemente excavado de Magacela, situado a poco más de 20 Km al sureste de Medellín y justo en el tránsito comarcal “Serena-Vegas Altas del Guadiana”. Con una altitud de 562 m s.n.m. y un desnivel cercano a los 200 m sobre el territorio circundante, el alto de Magacela resulta casi inevitable a la vista en la fisiografía alomada de la zona. Pero, además de su fácil identificación, su destacada topografía permite contemplar desde su cumbre excelentes panorámicas tanto del Valle del Guadiana como de La Serena. Tales condiciones de visibilidad e intervisibilidad con otros puntos de especial significado estratégico en ambas comarcas constituyen, en nuestra opinión, un punto de partida obligado para comprender la ocupación histórica de este lugar y sus inmediaciones. En este sentido, baste citar los abrigos con pintura esquemática repartidos por toda la Sierra de Magacela (Collado Giraldo 1995) y el sepulcro megalítico del cercado de “Marzo” situado a sus pies (Mélida 1925); la estela de guerrero del Bronce Final, depositada en el MAN (Almagro Basch 1966; Celestino Pérez 2001); las evidencias constructivas, escultóricas y epigráficas, tradicionalmente utilizadas por estudiosos y eruditos como argumentos relevantes para valorar este lugar como una “citania o ciudadela ibérica” (Mélida 1925) e incluso “celtibérica” (Reyes Ortiz de Tovar 1779), identificada a su vez

con la *Arla* (?) de los túrdulos o la *Contosolia* del *Itinerario Antonino*; y, por supuesto, su fortificación medieval, testimonio señero de su importancia geoestratégica durante la reconquista y repoblación de esta zona (Gutiérrez Ayuso 2001).

Pero, además, no debe ignorarse que en un radio máximo de 20-25 km alrededor de Magacela se encuentran el ya citado poblado orientalizante de Medellín; el edificio post-tartésico de La Mata de Campanario (Rodríguez Díaz y Ortiz Romero 1998; Rodríguez Díaz *et al.* 2000); el poblado prerromano de Entreríos (Almagro Gorbea y Llorio Alvarado 1986) –justo en la desembocadura del Zújar en el Guadiana– y la nutrida serie de castros concentrados en las márgenes del Zújar (Rodríguez Díaz 1987; Aguilar Sáenz y Guichard 1995); los propios recintos ciclópeos (Ortiz Romero 1995), así como un buen número de *villae* romanas y despoblados medievales prospectados recientemente. En definitiva, tan diverso y rico conjunto de evidencias ocupacionales acreditan sobradamente no sólo el interés y el potencial histórico-arqueológico de este lugar y su entorno, sino sobre todo el hecho de que el alto de Magacela siempre fue, ya como primera opción o como alternativa, un referente ineludible en los proyectos territoriales que a lo largo del tiempo se han sucedido en este espacio.

Salvo una “ligera excavación” realizada a finales de 1950 (Jiménez Navarro *et al.* 1950: 664), este lugar no ha sido objeto de actuaciones arqueológicas hasta fechas recientes. Concretamente, hasta los años 2001 y 2002, en los que han sido excavados seis sondeos estratigráficos distribuidos por las dos laderas principales de esta elevación: la solana o “Camino de la Tahona” y la umbría o “Laera”. En la primera, mejor conservada, se excavaron hasta cinco cortes planteados longitudinalmente en dos escalones topográficos de esta vertiente, mientras que en la umbría, muy arrasada y alterada por estructuras medievales, sólo fue posible realizar un sondeo aprovechando la cortada dejada por la construcción de uno de los depósitos de agua que abastecen a la población¹. En síntesis y como avance del estudio monográfico en curso, la secuencia estratigráfica obtenida en estos trabajos

se resume *a priori* en cuatro horizontes cronoculturales principales: una primera fase calcolítica, sólo reconocible tipológicamente en algunos materiales sin contexto estratigráfico definido y asimilable al tholos de la cerca de “Marzo”; un segundo momento remontable al Bronce Final o al tránsito Bronce Final-Orientalizante Antiguo, correlacionable a grandes rasgos con la referida estela procedente de este lugar y con la fase “Medellín I” (c. 800 a.C.); un tercer período especialmente intenso, fechado entre el siglo II a. C. y finales del I-II d.C., contemporáneo en parte con la fase republicana de Medellín (“Medellín V”) y con el máximo apogeo de los recintos ciclópeos en La Serena; y, por último, la fase medieval. Se trata, por tanto, de una secuencia ocupacional discontinua en la que, por el momento y a expensas de lo que los futuros trabajos puedan deparar, no se han documentado estratos de época orientalizante ni del Hierro II que atestigüen un hábitat continuado de este lugar durante todo el I milenio a.C.

Sobre la entidad ocupacional de Magacela en época romana, las excavaciones de estos años han venido a confirmar algo hasta ahora sólo intuido –con las lógicas imprecisiones cronológicas– a través de las evidencias superficiales. Entre éstas, aparte del abundante material cerámico y los numerosos restos de muros aún visibles, son de referencia obligada las imponentes estructuras de aparejo ciclópeo que desde la cima hasta casi la base del cerro aterrazan y fortifican sus dos laderas principales (Fig. 4). Consideradas tradicionalmente de origen prerromano por la notable presencia de cerámicas pintadas en sus inmediaciones (Jiménez Navarro *et al.* 1950; Rodríguez Díaz 1987, 1995a), los sondeos practicados en el flanco suroeste (solana) de Magacela apuntan, sin embargo, hacia una cronología republicana de estas construcciones ciclópeas, cuyas semejanzas arquitectónicas con el aparejo de los recintos –dicho sea de paso– nunca han pasado desapercibidas. Aunque los resultados de estos sondeos son puntuales, no por ello dejan de ser una primera aproximación a la datación de unas construcciones que acotan, a uno y otro lado del cerro de Magacela, una superficie superior a las 5 Ha. En este sentido, los resultados más definidos

¹ Dichos sondeos han sido realizados bajo la dirección de I. Pavón y A. Rodríguez en el marco del Proyecto “Investigación y Desarrollo (I+D) en la comarca de La Serena (Extremadura): el complejo arqueológico de La Mata (Campanario, Badajoz)” (Ref. 1FD97-1554).

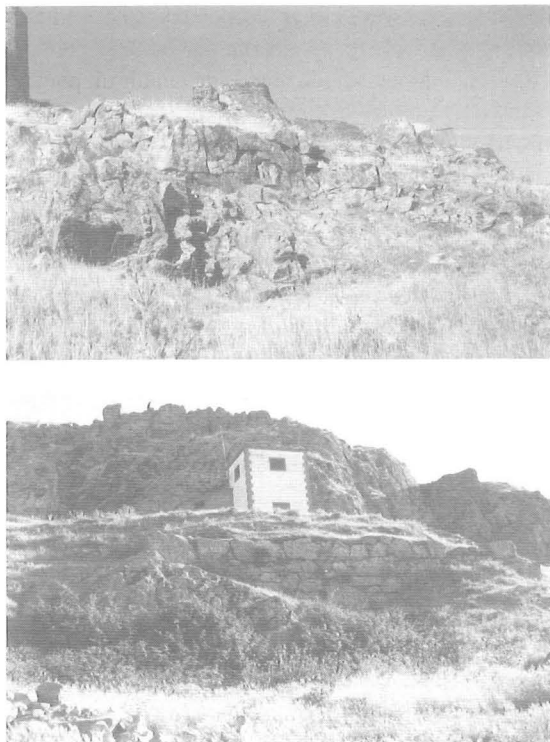


Figura 4.- “Estructuras ciclópeas” en las dos vertientes de Magacela.

los han proporcionado el Corte 1 de la umbría y los Cortes 3 y 6 de la solana.

El Corte 1 (C1) de la umbría o “Laera”, excavado en 2001, fue planteado junto al depósito de agua más septentrional y no lejos de un lienzo de estructuras ciclópeas visible en superficie. La instalación de dicho depósito puso al descubierto una sección próxima a los 2 m de potencia arqueológica que resultó determinante para plantear en este lugar un sondeo de 2 m de lado. La excavación reportó una superposición de cuatro estratos arqueológicos cuya profundidad máxima alcanzó 1,70 m. En ninguno de ellos se constataron estructuras de ningún tipo, por lo cual hemos valorado la zona como un vertedero. El Nivel Superficial es una capa de humus de 0,30-0,35 m de espesor, en la que aparecen materiales mezclados de época moderna, medieval y romana. Por su parte, el Nivel I se manifiesta como un estrato de 0,40 m de potencia, siendo la tierra más compacta y negruzca que el humus. El material es abundante. Aunque dominan los elementos de época altoimperial romana, aún hay piezas medievales. Así mismo, resultan cuantiosos los restos de fauna y desechos diversos. Por

debajo, el Nivel II muestra un espesor máximo de 0,65 m. Se compone de una tierra aún más negruzca y compacta que la del primer estrato, limitada en su base por una línea de piedras menudas. Los materiales cerámicos y óseos siguen siendo abundantes y fragmentados, lo cual reafirma el carácter de basurero de este sector del asentamiento. No obstante, la cerámica medieval ha desaparecido. La producción vascular encontrada muestra la coexistencia de una alfarería de tradición indígena, representada especialmente por las cerámicas de bandas y círculos pintados en rojo vinoso, y los barros comunes romanos de tipología grecoitalica-republicana. Entre éstos destacamos, la presencia de un borde de ánfora. Por último, los Niveles III y IV conforman un paquete uniforme de tierra de color anaranjado-rojizo, algo más claro en el primero y ligeramente más oscuro en el segundo, en contacto ya con la roca. Los restos materiales recuperados mantienen, en términos generales, la composición y los rasgos tipológicos del estrato superior. Por un lado, se encuentran las cerámicas de tradición prerromana (ánforas iberopúnicas, cerámicas de cocción oxidante lisas o pintadas) y, por otro, elementos comunes romanos con el borde ahumado (ollas y cuencos).

El Corte 3 (C3) fue planteado en la vertiente del “Camino de la Tahona” o Solana, en una zona próxima a la cota de los 520 m y cercana también a estructuras ciclópeas (Fig. 5). Las dimensiones finales de C3 alcanzaron 6,60 m de longitud y 2 m de anchura. Se constataron hasta seis estratos arqueológicos superpuestos en el sector central del sondeo, reconocido como Zona B. La profundidad máxima alcanzada fue de 1,50 m. Bajo los estratos de arrastre y abandono del sitio (Superficial y I), los niveles II, III y IIIb se asocian a dos paramentos de 0,40 m de anchura que parecen responder a diferentes momentos constructivos de un horizonte ocupacional arrasado por un incendio. El material asociado a dichas estructuras se caracteriza por la coexistencia de materiales de tipología indígena y romana. Entre los primeros, destacan una vez más las cerámicas pintadas con motivos geométricos (bandas y círculos concéntricos) de color rojo vinoso y algunos ejemplares de ánforas iberopúnicas. Por su parte el material romano, tiene sus elementos más representativos en los morteros y algunas piezas de cerámica común con el borde ahumado. Por debajo de estas construcciones, se documentó



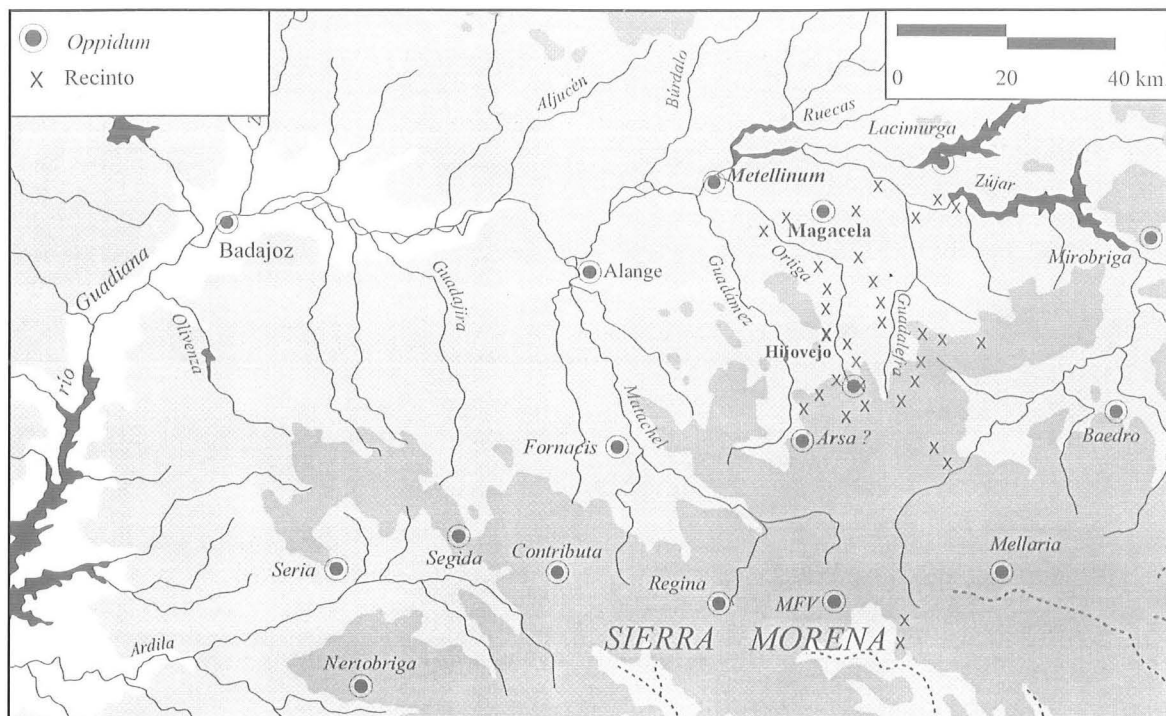
Figura 5.- Magacela. Corte 3.

una fase ocupacional previa, clausurada también por un incendio, pero sin restos constructivos asociados. Dicha fase se compone de los estratos arqueológicos IV y V, cuyo espesor máximo es de 0,40 m. El Nivel V es de color pardo oscuro y se asienta sobre la roca; por su parte, el Nivel IV, superpuesto al anterior, está formado por un paquete de cenizas y carbones. El material cerámico recuperado se caracteriza por una fuerte presencia de cerámicas pintadas y vasos de almacén de borde

ganchudo de clara filiación prerromana. Sin embargo, no faltan piezas de cerámica común con el borde ahumado a las que hemos de añadir un par de fragmentos amorfos de barniz negro de difícil clasificación, si bien sus pastas rojizas los aproximan a la Campaniense A.

Finalmente, la estratigrafía obtenida en el Corte 6 (C6), excavado en 2002 en esta misma ladera de la solana de Magacela, apunta en idéntica dirección. No obstante, dicho sondeo fue planteado entre las cotas de los 495 y 500 m y en una zona no determinada por la proximidad de construcciones de aparejo ciclópeo. Este C6, una cuadrícula de 3 m de lado, aportó una superposición estratigráfica compuesta por tres niveles principales, sin restos constructivos asociados pero especialmente ilustrativa de la secuencia ocupacional del sitio. La potencia arqueológica máxima en este sector del yacimiento es de 1,10 m. El Nivel Superficial-I, de 0,35 m de espesor medio, contiene materiales de arrastre de época altoimperial romana (*terra sigillata*) y medieval. Por debajo, se sitúa el Nivel II, de 0,30 m de grosor y caracterizado por una tierra grisácea o pardo-clara muy suelta, no alterado y con materiales muy definidos tipológicamente. Así, salvo algunos fragmentos a mano, abundan las producciones torneadas mayoritariamente compuestas por cerámicas toscas y oxidantes, muchas de ellas pintadas. Ello, unido a la documentación de algunas piezas comunes de borde ahumado y un pequeño fragmento amorfo, de pasta rojiza y barniz negro desigualmente aplicado en una de sus caras, nos sitúa *a priori* ante un horizonte republicano. Este estrato se localiza justo encima de una capa bastante homogénea de piedrecillas de arrastre, un verdadero interfaz reconocido como II/III, totalmente estéril y de una potencia aproximada de entre 0,10 y 0,20 m que asociamos a una fase de abandono del sitio. Por último, el Nivel III, asentado directamente sobre la roca, está formado por una tierra de tonalidades rojizo-oscuras y textura más compacta con un espesor variable entre 0,40 y 0,10 m. El material cerámico no es muy abundante, pero se trata de producciones exclusivamente modeladas que tipológicamente (cuencos, cazuelas y vasos de almacén) se retrotraen al Bronce Final o Bronce Final-Orientalizante documentado en una zona próxima (Corte 2) durante la campaña de 2001.

En función de todo ello y ante la ausencia provisional de niveles prerromanos claramente defini-



ASENTAMIENTO	VII a.C.	VI a.C.	V a.C.	IV a.C.	III a.C.	II a.C.	I a.C.	I d.C.	II d.C.
Alcazaba Badajoz									
Sierra de la Martela	■								
Los Castillejos-2									
Castrejón de Capote								■	
Ermita de Belén									
Tabla de las Cañas									
S. del Coto-Nertobriga									
Castillo Moreria-Seria									■
El Cabezo-Mirobriga									
Hornachuelos-Fornacis									
Cogolludo-Lacimurga									
Medellín-Metellinum									
Magacela-Contosolia									
Recinto de Hijojejo							■		

Secuencia probable o parcialmente documentada
 Secuencia documentada

Figura 6.- Distribución espacial y secuencias cronológicas de oppida y recintos tipo torre.

dos, este enclave se perfila por su extensión, por la entidad de sus restos constructivos y por la secuencia estratigráfica obtenida como un *oppidum* republicano, comparable con los casos ya excavados o sondeados de *Nertobriga* y *Seria*, en la “Beturia Céltica”, y *Mirobriga*, *Lacimurga* y Hornachuelos, en la Beturia de los túrdulos. Dentro de éstos, las mayores afinidades materiales –y, por tanto, cronoe-stratigráficas– con Magacela se advierten en Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz), posiblemente la *Fornacis* citada por C. Ptolomeo (II, 4, 10) (Rodríguez Díaz 1991, 2003). El registro arqueológico correspondiente a los estratos fundacionales de este *oppidum*, fechados por importaciones campanienses a mediados del siglo II a.C., reproduce en términos generales el documentado en Magacela. No descartamos, no obstante y a expensas del estudio definitivo del material, que la cronología del horizonte republicano de Magacela pudiera adentrarse en la primera mitad del siglo II a.C. en función de la presencia en este lugar de importaciones propias de los siglos III-II a.C. en la costa mediterránea peninsular (Ramón Torres *et al.* 1998). En pleno siglo II a. C. parecen situarse los niveles inferiores, recientemente revisados, del Castillo de la Morería de Jerez de los Caballeros, la antigua *Seria* (Carrasco Martín 1991; Rodríguez Díaz y Enríquez Navascués 2001). Al siglo II a.C. podrían remontarse también los orígenes de *Lacimurga*, si bien el sitio pudo estar ocupado –como sucede en otros poblados de vado como Badajoz (Enríquez Navascués *et al.* 1998)– en época prerromana (Aguilar Sáenz y Guichard 1995). En pleno siglo I a.C. se sitúan ya los estratos inferiores de *Nertobriga* (excavaciones inéditas dirigidas por J.L. de la Barrera) y *Mirobriga* (Pastor Muñoz *et al.* 1992), aunque sus excavadores no descartan cronologías fundacionales algo más antiguas (Fig. 6).

Son precisamente dichas apreciaciones estratigráficas las que, junto a otras cuestiones, vienen presidiendo desde hace algún tiempo nuestra visión sobre la evolución del poblamiento en la Cuenca Media del Guadiana a partir de la llegada de los romanos. En su conjunto, dichos enclaves se perfilan como lugares esenciales en la trama poblacional sobre la que los romanos asentaron, tras las guerras lusitanas y mediante mecanismos diversos, el control y la territorialización de este “espacio de frontera” en la geografía de la Hispania Antigua. Puntos de encuentro y mestizaje entre indígenas y

romanos, se consideran verdaderos “polos de romanización” sobre los que gravitó el tránsito socioeconómico y cultural entre el mundo prerromano precedente y el modelo imperial posterior en toda la Cuenca Media del Guadiana (Rodríguez Díaz 1995b; Ortiz Romero y Rodríguez Díaz 1998; Rodríguez Díaz y Ortiz Romero e.p.).

En dicho contexto, el caso de Magacela –independientemente de que excavaciones futuras puedan documentar un origen prerromano del sitio– posee el interés añadido de compartir territorio con Medellín y el conjunto de recintos ciclópeos de La Serena, lugares todos ellos especialmente vinculados con los conflictos civiles de finales de la República. En tal panorama, la complementariedad estratégica de Medellín y Magacela –vigías del paso del Guadiana y del corredor de La Serena, respectivamente– se vislumbra como un eje clave de un espacio, cuyo dominio militar y económico resultó decisivo en el desarrollo de las referidas contiendas civiles y, por ende, del éxito de la misma romanización.

Así las cosas, la red de recintos de La Serena –posiblemente diseñada y coordinada desde dicho eje “Medellín-Magacela” a tenor de los resultados arqueológicos obtenidos recientemente en Magacela– es, a nuestro juicio, la mejor expresión de la militarización de esta zona, rica en galenas argentíferas, pastos y camino natural entre *Corduba* y el Guadiana. Como ya indicamos en un trabajo previo a éste y se ha recordado más arriba (Rodríguez Díaz y Ortiz Romero e.p.), aunque los recintos no están a pie de mina, ni en la zona minera, ni en ellos se almacenan lingotes, sí que parecen estar “cerrando” la comarca por sus accesos principales y, por tanto, definiendo el territorio de La Serena. Todo ello refleja, en nuestra opinión, la existencia de factores estratégico-militares y económicos de gran importancia, capaces de movilizar recursos y gentes de la más diversa procedencia para organizar un dispositivo de tipo militar como éste, cuyo control se convirtió en una cuestión capital durante una coyuntura de verdadera crisis del proceso romanizador (García Morá 1991).

A las conocidas tareas de vigilancia y control de las zonas mineras desempeñadas por los ejércitos romanos, se han añadido recientemente otras que los implican directamente en el proceso de extracción y gestión del mineral. Además de policías, los legionarios romanos serían también mano de obra

implicada en labores de ingeniería y en trabajos directamente relacionados con la producción minera (García-Bellido 2002; Solana Sáinz 2002). Para el caso de Hispania, M^a Paz García-Bellido ha visto en los lingotes del pecio de Comacchio una evidencia indudable de la implicación de algunas legiones en la explotación del plomo, concretamente del distrito minero de La Serena. En su opinión, la existencia de la red de torres de la comarca habría que relacionarla directamente con la explotación del plomo por legionarios que se asentarían en ellos divididos en *vexillationes* (García-Bellido 1995), una idea que abre nuevos horizontes a nuestra teoría y que redundaría en nuestra interpretación de las torres como espacios militares en una coyuntura de crisis.

Superada esta crisis, la estabilización y la reorganización socioeconómica y administrativa de este espacio tendrían importantes consecuencias poblacionales. Éstas podrían resumirse, a grandes rasgos, en el desmantelamiento de la trama de recintos, cuya población en algunos casos generaría pequeños asentamientos agrícolas en sus proximidades, la consolidación colonial de Medellín y la delimitación de su territorio. En dicho panorama, el *oppidum* de Magacela —al contrario que otros *oppida* de la “Beturia Túrdula”, promocionados administrativamente por el gobierno romano, como *Lacimurga* o *Mirobriga*— quedaría relegado a un núcleo secundario sin rango alguno, absorbido por el “territorio metelinense”, y como simple sitio de paso en la ruta *Per Lusitaniam ab Emeritam Caesaraugustam*.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUILAR SÁENZ, A.; GUICHARD, P. (1995): *La ciudad antigua de Lacimurga y su entorno rural*. Badajoz.
- ALMAGRO BASCH, M. (1966): *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular. Bibliotheca Praehistorica Hispana, VIII*. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana XIV, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M.; LORRIO ALVARADO, L.A. (1986): El castro de Entreeríos (Badajoz). *Revista de Estudios Extremeños*, XLII-II: 617-631.
- ALMAGRO GORBEA, M.; MARTÍN BRAVO, A.M^a. (1994): Medellín 91. La ladera norte del Cerro del Castillo. *Castros y Oppida en Extremadura* (M. Almagro Gorbea y A.M^a. Martín Bravo, eds.), Complutum Extra 4: 77-128.
- CARRASCO MARTÍN, M^a.J. (1991): Excavaciones de urgencia en el Castillo de ‘La Morería’ (Jerez de los Caballeros, Badajoz). *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura*, Extremadura Arqueológica II, Mérida-Cáceres. 559-576.
- CELESTINO PÉREZ, S. (2001): *Estelas de guerrero y estelas diademadas. La precolonización y formación del mundo tartésico*. Ed. Bellaterra, Barcelona.
- COLLADO GIRALDO, H. (1995): Sistematización cronológica de la pintura rupestre esquemática en la provincia de Badajoz: la Sierra de Magacela. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I. Prehistoria y Arqueología*, 8. 135-190.
- ENRÍQUEZ, J.J.; VALDÉS, F.; PAVÓN, I.; RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; LÓPEZ DEL ALAMO, P. (1998): La estratigrafía del ‘Sector Puerta de Carros-2’ (SPC-2) de Badajoz y el contexto poblacional del ‘Valle Medio del Guadiana’ en la Edad del Hierro. *Extremadura Protohistórica: Paleambiente, Economía y Poblamiento* (A. Rodríguez Díaz, coord.), Cáceres. 157-200.
- GARCÍA-BELLIDO, M^a.P. (1995): Las torres-recinto y la explotación militar del plomo en Extremadura: los lingotes del pecio de Comacchio. *Anas*, 7-8 (1994-95): 187-218.
- GARCÍA BELLIDO, M^a.P. (2002): Labores mineras militares en Hispania. Explotación y control. *Gladius. Anejos*, 5: 19-46.
- GARCÍA MORÁ, F. (1991): *Un episodio de la Hispania republicana: La guerra de Sertorio. PlanTEAMIENTOS INICIALES*. Granada.
- GUTIÉRREZ AYUSO, A. (2001): *El Arte en un municipio de la Orden de Alcántara: Magacela*. Memoria de Licenciatura inédita. Cáceres.
- HABA QUIRÓS, S. (1998): *Medellín Romano. La Colonia Metellinensis y su territorio*. Badajoz.
- JIMÉNEZ NAVARRO, E.; RAMÓN FERNÁNDEZ-OXEA, J.; AMAYA, E. (1950): Arqueología de Magacela. *Revista de Estudios Extremeños*, III-IV: 657-672.

- MAIA, M. (1986): Os Castella do Sul de Portugal. *Madrider Mitteilungen*, 27: 195-223.
- MÉLIDA, J.R. (1925): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Badajoz*. Madrid.
- MORET, P. (1999): Casas fuertes romanas en la Bética y la Lusitania. *Économie et territoire en Lusitanie romaine* (J. Gorges y F.G. Rodríguez Martín, eds.), Madrid: 55-89.
- ORTIZ ROMERO, P. (1991): Excavaciones y sondeos en los recintos tipo torre de La Serena. *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura*, Extremadura Arqueológica II, Mérida-Cáceres: 301-318.
- ORTIZ ROMERO, P. (1995): De recintos, torres y fortines: Usos (y abusos). *Homenaje a la Dra. Milagro Gil-Mascarell Boscá*, Extremadura Arqueológica V, Cáceres: 177-193.
- ORTIZ ROMERO, P.; RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1989): Problemática general en torno a los recintos-torre de La Serena, Badajoz. *XIX Congreso Nacional de Arqueología, I* (Castellón, 1987), Zaragoza: 1141-1150.
- ORTIZ ROMERO, P.; RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1998): Culturas indígenas y Romanización en Extremadura. *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento* (A. Rodríguez Díaz, coord.), Cáceres: 247-278.
- QUESADA SANZ, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica. (Siglos VI-I a.C.)*. Vol. II. Montagnac.
- PASTOR, M.; PACHÓN, J.A.; CARRASCO, J. (1992): *Mirobriga. Excavaciones en el Cerro del Cabezo (Capilla, Badajoz). Campañas 1987-88*. Mérida.
- RAMÓN, J.; SANMARTÍ, J.; ASENSIO, R.; PRINCIPAL, J. (eds.) (1998): *Les façies ceràmiques d'importació a la costa Ibèrica, les Balears i les Pitiüses durant el segle III a.C. i la primera meitat del segle II a.C.* Arqueomediterrània 4, Barcelona.
- REYES ORTIZ DE TOVAR, J.M. (1779): *Partidos triunfantes de la Beturia Túrduła*. Reed. Guadalupe, 1998.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1987): *El poblamiento prerromano en la Baja Extremadura*. Tesis Doctoral. Ed microfichas. Cáceres, 1995.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1991): Proyecto Hornachuelos (Ribera del Fresno, Badajoz): 1986-1990. *I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura*, Extremadura Arqueológica II, Mérida-Cáceres: 283-300.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1995a): Territorio y etnias prerromanas en el Guadiana Medio: aproximación arqueológica de la Beturia Túrduła. *Celtas y Túrdułos: la Beturia*, Cuadernos Emeritenses 9: 205-254.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (1995b): El 'problema de la Beturia' en el marco del poblamiento protohistórico del Valle Medio del Guadiana. *Homenaje a la Dra. Milagro Gil-Mascarell Boscá*, Extremadura Arqueológica V, Cáceres-Mérida: 157-175.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (2003): *Hornachuelos. Guía Multimedia*. CD-rom. Ed. Junta de Extremadura, Mérida.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. (2001): *Extremadura tartésica. Arqueología de un proceso periférico*. Ed. Bellaterra, Barcelona.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; ORTIZ ROMERO, P. (1989): Avance de la primera campaña de excavación en el recinto-torre de Hijovejejo (Quintana de la Serena, Badajoz). El sondeo nº 2. *Norba*, 7: 25-41.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; ORTIZ ROMERO, P. (1990): Poblamiento prerromano y recintos ciclópeos de La Serena (Badajoz). *CuPAUAM*, 17: 45-66.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; ORTIZ ROMERO, P. (1998): La Mata de Campanario (Badajoz): Un nuevo ejemplo de 'arquitectura de prestigio' en la Cuenca Media del Guadiana. *Extremadura Protohistórica: Paleoambiente, Economía y Poblamiento* (A. Rodríguez Díaz, coord.), Cáceres: 201-246.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; ORTIZ ROMERO, P. (e.p.): Defensa y territorio en la Beturia: castros, oppida y recintos ciclópeos. *Defensa y territorio en Hispania de los Escipiones a Augusto (espacios urbanos y rurales, municipales y provinciales)*. Seminario de la Casa de Velázquez (Madrid, marzo de 2001).
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A.; ORTIZ ROMERO, P.; PAVÓN SOLDEVILA, I. (2000): El complejo arqueológico de La Mata (Campanario, Badajoz) en el contexto socioeconómico del Post-orientalizante extremeño. *Ibers. Agricultors, artesans i comerciants. III Reunió sobre Economia en el Món Ibèric* (C. Mata Parreño y G. Pérez Jordá, eds.), Saguntum Extra 3, Valencia: 101-108.
- SOLANA SÁINZ, J.M. (2002): Las unidades militares permanentes en Hispania entre los años 68 y 193 d.C. *Gladius, Anejos* 5: 95-119.
- WAHL, J. (1985): Castelo da Lousa. Ein Wehrgehöft caesarisch-augusteischer Zeit. *Madrider Mitteilungen*, 26: 149-176.